

JORGE EDWARDS
EL ORIGEN DEL MUNDO

TUSQUETS
EDITORES

Indice

I	9
II	25
III	41
IV	59
V	75
VI	89
VII	105
VIII	117
IX	127
X	139
XI	151

No se está en ninguna parte cuando se está
en todas.

Séneca

Todo comenzó el lunes o el martes de la semana pasada, frente al cuadro. Comenzó con una ocurrencia repentina, con una pregunta. No había pasado de ser una broma, pero después de la noche del último lunes, después del encuentro del cadáver, aquella broma, de la que no me había olvidado, adquiriría matices más inquietantes, menos livianos. Matices más oscuros, por decirlo de alguna manera.

—¿Sabes una cosa? —le pregunté a Silvia en voz baja, después de haber mirado el cuadro en la gran sala de los Courbet durante un par de minutos.

—¿Qué cosa?

—Se parece mucho a ti.

—¡Estás loco! —exclamó Silvia, ruborizada como una colegiala, más irritada de lo que yo habría podido prever, y miró para los lados, porque nunca, y sobre todo en esa época del año, en pleno verano, faltaban los turistas españoles.

—Pero si es la misma guatita —le expliqué, confundido, aunque riéndome, a pesar de todo, y pensando que los españoles no entenderían el chile-

nismo—, y los mismos muslos regordetes, bien formados, y hasta los mismos pelos, la misma...

—¡Viejo cochino! —exclamó Silvia, sin perder su irritación—: ¡Cállate! —Y emprendió la retirada por el centro de la sala, rumbo a la puerta de salida, a través de los animales de bronce que habían poblado los comedores de nuestras abuelas, que habían salido durante décadas, entre empujones y susurros, bajo el martillo de los martilleros: perros pensativos, jabalíes cornúpetos, leones en estado de somnolencia.

—Felipe Díaz —insistí, como si no me quedara más alternativa que insistir— tiene la manía de fotografiar a sus amantes en pelota, y en poses obscenas.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó ella, más tranquila, por lo menos en la expresión de sus ojos, pero sin que la molestia inicial hubiera desaparecido.

—Me lo contó Alfredo, que es un verdadero experto en historias de Felipe.

—Me extraña —murmuró Silvia, pensativa—: Se cumplieron cuatro domingos, un mes entero, desde que Felipe no almuerza con nosotros, y no da señales de vida.

—Deberíamos llamarlo —dije.

—Ya lo he llamado un par de veces —dijo Silvia—: Le he dejado un mensaje en su contestador, y no se digna llamar de vuelta. ¿No le habrá pasado algo?

Me molestó, en verdad, aunque no tendría por qué haberme molestado, salvo que hubiera entrado en sospechas desde antes, que Silvia lo hubiera llamado y no me hubiera dicho nada. Me dejó pensativo. Relacioné el asunto, de una manera muy difícil de explicar, de explicarme a mí mismo, incluso, con el cuadro. Esa noche le pedí que se pusiera en la pose de la modelo del cuadro, la pose exacta, es decir, que se tendiera de espaldas, desnuda, con las piernas regordetas separadas, con la cara tapada por las sábanas. Incluso saqué una reproducción del bolsillo del pijama, porque me había dado el trabajo de colocarla en el pijama, lo cual, en términos penales, habría revelado deliberación, ¡alevosía!, y la examiné atentamente. ¡La postura tenía que ser lo más fiel posible!

—No sé qué mosca te habrá picado —exclamó ella.

—¿Por qué no podemos aprovechar —repliqué—, a estas alturas, por viejos que estemos, o por viejo que esté yo, mejor dicho...

—*S'il te plaît!* —acotó ella.

—... un buen estímulo erótico? Se me ha ocurrido, además, que podría fotografiarte. A lo Felipe Díaz...

Ella, que se había tapado la cara, lanzó un grito ahogado por las sábanas, indescifrable, con un eco adolescente, de patio de colegio de monjas.

—¿O preferirías que te fotografíe el propio Felipe Díaz...?

—Déjame dormir, por favor —suplicó Silvia—: Estoy demasiado cansada.

Al día siguiente o subsiguiente, Felipe Díaz respondió a los mensajes de Silvia a las cuatro de la tarde, la hora de nuestra siesta, costumbre sagrada, y que él conocía de memoria. Dejó su mensaje en el contestador, y cuando Silvia lo llamó de vuelta, en la tarde, había desaparecido de nuevo. Parecía que hubiera resuelto romper el contacto con nosotros, a conciencia, y confieso que me sentí disgustado, ofendido. No le dije nada de esto a Silvia, para no echarle parafina al fuego, y porque intuía perfectamente, y hacía tiempo, sin necesidad del episodio del lunes en la noche, que el asunto, para ella, era más delicado, más sensible, más complejo que para mí. ¡Muchísimo más delicado y más complejo!

—Por lo menos está vivo —suspiró Silvia, y yo dije lo mismo, aunque con entonación distinta: por lo menos está vivo.

Estaba vivo, pero yo tenía otra intuición, sobrepuesta a la anterior, y que me provocaba sentimientos de perplejidad, y aparte de la perplejidad, de angustia profunda, como si destruyera todos mis esquemas, mis seguridades más elementales: la de que no estaría vivo por mucho tiempo. Intuición acertada, como se vería pocos días más tarde. Felipe había pasado los cincuenta hacía rato, y había dejado atrás, creo, y también hacía rato, la mitad de la cincuentena. La gente que vive como Felipe

revienta temprano, pensaba yo, lo cual quería decir que él ya estaba viviendo de prestado, de llapa (como decíamos en Iquique). Pero quizás lo pensaba, reconozco, por deformación profesional. Nosotros, los médicos, creemos que las reglas de la medicina sirven de alguna cosa, y que su transgresión siempre es sancionada por algún dios oscuro y nuestro. Cada vez que nos encontramos con un ser que parece escapar a esas reglas, con alguien rebelde a nuestros vaticinios, una persona que bebe como un cosaco, por ejemplo, y tiene el hígado en perfecto estado, que come grasa y no engorda, fingimos que nos alegramos, por él, por su vigor, por su salud envidiable, pero en el fondo nos irritamos, nos sentimos arbitraria e injustamente desmentidos. Nuestros razonables consejos, nuestros llamados a la prudencia, con su tono agorero, adquieren un retintín ridículo. ¡Qué tanto amargarse la vida por las puras berenjenas!

Influía en mí, pues, la deformación profesional, y a lo mejor, también, la deformación ideológica. Porque había sido esclavo toda mi vida, mi vida madura y útil, por lo menos, de una forma extrema de racionalidad, de un sistema global, total y totalizador, de pensamiento y de conducta. Creía que me había liberado en la vejez, pero el monstruo dogmático, en el momento menos pensado, boqueaba, daba coletazos dentro de mi pobre cabeza. Pues bien, Felipe reapareció de repente, hizo una salida a la superficie desde el fondo de su